

En el Nuevo Testamento se concibe al hombre como esencialmente religioso y esto determina su pequeñez y su grandeza. Pequeñez en cuanto que sólo es una criatura, «radicalmente dependiente de Dios» (p. 126). Recoge la doctrina veterotestamentaria, sapiencial sobre todo, que habla de la fugacidad y miseria de la vida humana, pero acentúa esa realidad sobre todo en el plano moral. No obstante, el hombre es la única criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. El Nuevo Testamento se fija no sólo en el origen del hombre para hablar de su grandeza, sino también tiene en cuenta su glorioso destino: identificarse con Cristo y participar de su gloria (cfr. p. 129). Sobre esta idea de la vinculación del hombre con Cristo, así como en su transformación en el hombre nuevo, vuelve el A. una y otra vez (cfr. p. 212 ss.).

Analiza los distintos componentes del ser humano y estudia los términos *psyché*, *nous*, *pneuma*, *kardía*, *sárx*, *soma*, *bios*, *zôé*, etc. Señala que los vocablos no siempre coinciden en su contenido conceptual, pudiendo tener matices diversos según el contexto en que se usen. Esto hace poco menos que imposible una sistematización concreta. Más que en función del estudio y conocimiento del hombre, «la teología neotestamentaria está en función de la *koinonía* con Cristo: el creyente es un resucitado en potencia, cuyo cuerpo será la imagen del cuerpo glorioso del Hijo de Dios» (p. 242).

El A., a lo largo de toda la exposición, hace gala de una rica y abundante bibliografía, un poco atrasada, ya que, como dijimos, el original es de 1961. En ocasiones las notas críticas son desmesuradas y prolijas, ocupando incluso páginas enteras (cfr., por ejemplo, p. 16-17.20 ss., 63, etc.). De entre esas notas cabe destacar el recurso a la exégesis patristica, siempre tan rica e iluminadora, así como a los comentaristas clásicos, en especial a Sto. Tomás de Aquino (cfr. p. 42.120.168.234, etc.). También hay una amplia referencia a la literatura helenística. Algunas erratas desmerecen el valor de su contenido (cfr. por ejemplo la p. 232, en donde hay un trastoque llamativo de líneas que hace difícil su lectura). De todas formas es un libro rico en conceptos antropológicos y teológicos, que puede considerarse una antología en su género. Por eso, a pesar de haber sido publicado en el año 1969, sigue teniendo pleno valor y actualidad, sobre todo en orden a una predicación netamente teológica, tanto sobre Dios como sobre el hombre.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

José MARTORELL, *Los milagros de Jesús*, Valencia (Publicaciones de la Facultad de Teología «San Vicente Ferrer», Serie académica, n. 2), 1980, 94 pp., 15 × 23.

J. Martorell, profesor de Cristología en la Facultad de Teología de Valencia, divide este ensayo sobre los milagros de Jesús en tres partes. Una primera —muy breve: p. 17 a 22— dedicada al «gran signo» de la

resurrección. Una segunda —la más amplia: p. 25 a 66— destinada a analizar la enseñanza teológica que se deriva de algunas narraciones de milagros. La tercera —desde p. 69 hasta el final— incluye, a modo de apéndice, algunas consideraciones sobre la historicidad de los milagros, una referencia somera a los elementos literarios que facilitan la hermenéutica de las narraciones de milagros, un elenco sintético de los milagros que aparecen en cada uno de los cuatro Evangelios, y, finalmente, algunas ideas sobre su clasificación.

El libro —como ya indica la misma descripción del contenido— no es una investigación acabada sobre los milagros de Jesús sino más bien unos materiales de estudio y reflexión, que, en algún momento, parecen denotar un origen docente. La parte más original es, sin duda, la segunda. En ella, el autor analiza diez milagros, seleccionados, según explica (p. 88), por poder ser considerados como milagros «de recreación», ya que en ellos «algo creado se ve re-creado» (p. 10), dotado de nueva significación y vida. Esos diez milagros son los siguientes: la conversión del agua en vino en Caná (Io 2, 1-12), la curación del hijo del régulo de Cafarnaún (Io, 4, 43-54), la curación del paralítico de la piscina de Siloé (Io 5, 1-30), la curación del ciego de nacimiento (Io 9, 1-41), la resurrección de Lázaro (Io 11, 1-44), la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5, 21-43), la curación del hombre cuya mano estaba reseca (Mc 3, 1-6), la tempestad calmada (Mc 4, 35-41), el hallazgo del pez y la moneda (Mt 17, 24-27), la multiplicación de los panes y los peces (Mc 6, 30-44 y 8, 1-21).

En su comentario a esos diversos milagros, J. Martorell se esfuerza por desentrañar la enseñanza teológica que se desprende de cada una de las narraciones. Su exégesis se acerca así a la exégesis espiritual, pero con una particularidad: lo que aspira a proponer no es una interpretación fruto de la traslación de la escena del milagro a un contexto actual, sino la significación que, a su juicio, está implícita en el texto mismo. De ahí que se base en el análisis del lenguaje, en la explotación de los elementos simbólicos eventualmente presentes en la narración, en la comparación con otros lugares de la Escritura, etc.

Hace ya algunos años Conzelmann, trazando un balance de la exégesis contemporánea, preocupada hasta el exceso por el tema de la historicidad, comentaba que sería oportuno volver a una exégesis como la de los Padres, menos unilateral, en la que la preocupación por la letra del texto se aunaba con la apertura a interpretaciones morales y espirituales. En cierto sentido puede decirse que el presente libro recoge esa invitación, orientando en orden a una lectura teológica de las escenas evangélicas sobre los milagros de Jesús.

Una advertencia importante se impone, sin embargo. Los Padres no sólo unieron diversos métodos exegéticos sino que actuaron además, en sus exégesis espirituales, con gran libertad de espíritu. Pero, en todo momento, afirmaron con gran claridad el valor histórico de la letra de la narración; más aún fue esta profunda convicción lo que fundamentó e hizo posible la libertad de espíritu antes mencionada. En ese sentido debo manifestar mi disconformidad con algunas de las consideraciones que el Prof. Martorell hace en la presentación del libro. Me refiero concretamente a los párrafos (p. 9 y 11-12) en los que distingue entre diversas

«claves hermenéuticas» para entender los milagros, concretamente entre las cuatro siguientes:

— la racionalista, que consiste en buscar explicaciones naturales a los hechos que el Evangelio presenta como milagrosos;

— la mítica, «consistente en aceptar los hechos tal y como nos han sido presentados por los evangelistas viendo fundamentalmente a un Jesús taumaturgo y divino»;

— la filológica, consistente en buscar el significado y la interdependencia de los términos empleados en las diversas narraciones;

— la simbólica, a la que él se acoge, consistente «en situarse ante un hecho comprobable pero cuya relevancia reside en su significado».

En ese planteamiento, especialmente en el alcance que se da a la palabra mito, se advierte una clara influencia de Bultmann. Ciertamente, el Prof. Martorell marca las distancias y, al describir la posición que adopta —la interpretación simbólica—, subraya con claridad la facticidad de los acontecimientos a que se refiere: se trata, dice, de hechos comprobables. No obstante —aunque quizás sea una excusa lo breve y esquemático del trabajo que pueda haber impedido matizar las ideas—, hubiera sido de desear una mayor precisión en este punto, ya que el tema de los milagros sigue y seguirá siendo una cuestión decisiva, que no se sitúa en los márgenes sino en el centro de la fe cristiana: como han puesto de relieve diversos autores —y, entre ellos, con particular viveza, C. S. Lewis en su *Miracles*—, hay una íntima relación, de una parte, entre la negación de los milagros y la filosofía naturalista y, de otra, entre la verdad de los milagros y la verdad de la Encarnación. El símbolo, en suma, se apoya en la realidad y no la sustituye.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE

J. CANTINAT, *Réflexion sur la résurrection de Jésus (d'après saint Paul et saint Marc)*, Paris, Gabalda, 1978, 116 pp., 13 × 23.

En el prólogo nos explica el autor que el título del libro señala su género y sus propios límites. «Le genre est celui d'un essai, d'une tentative de réflexions suggérées par une longue investigation des textes. Les limites sont d'abord celles du seul sujet envisagé, la résurrection de Jésus, en suite celles des seuls textes examinés, ceux de saint Paul et de saint Marc» (p. 7). La razón de elegir a estos dos autores inspirados es la de que, según la opinión más común, son los escritores más antiguos del Nuevo Testamento.

Respecto a los escritos de San Pablo, la datación más corriente de sus escritos sitúa su primera carta a los Tesalonicenses hacia los años 50-51. San Marcos, por su parte, debió escribir su evangelio alrededor de los años 60. Es cierto que el Mateo aramaico fue el primer escrito acerca de la vida y doctrina de Jesús, pero no nos ha llegado sino a través del Mateo